

CONCAUSAS Y TIPOS DE INUNDACIONES EN LA VEGA BAJA DEL SEGURA

Rafael Martínez García

Director de la Fundación de la *Comunitat Valenciana* Proyecto Puçol para la Educación y la Cultura.

Colegiado nº 3.198 (Colegio de Geógrafos)

En septiembre de 2019, extensas áreas del Sureste peninsular sufrieron catastróficas inundaciones. La cuenca del Segura y, principalmente, su Vega Baja, se vieron afectadas por lluvias extraordinariamente abundantes y concentradas en el tiempo, fenómeno meteorológico extremo que no resulta extraño al ámbito mediterráneo.

Ejecutado el Plan de Defensa de Avenidas del mencionado río, el tramo final de su llano de inundación convertía de nuevo en un lago la porción meridional de la Comunidad Valenciana. Al igual que ocurriera en 1987, en 2019 también hubo que proceder a la voladura de una de las motas del Segura, próximo a su desembocadura, con el fin de permitir el desagüe, impedido por el estado en que se encontraba el cauce y su red de avenamiento. Transcurridas unas décadas y pese a las transformaciones que en ese tiempo había experimentado, la histórica Huerta de Orihuela volvía a vivir un episodio climatológico de dramáticas consecuencias.

El libro que introducen estas líneas, *Concausas y tipos de inundaciones en la Vega Baja del Segura* -obra de los profesores Gil Olcina y Canales Martínez, de la Universidad de Alicante-, explica la compleja casuística de unas situaciones recurrentes en este territorio, cuya correcta comprensión ha de contribuir a paliar sus efectos. Profusamente ilustrado, el volumen se divide en seis capítulos, atendiendo al medio físico, aprovechamiento de aguas, precipitaciones, tipología de inundaciones y defensa frente a ellas. En sus páginas finales se incluye un rico apéndice documental que pone de manifiesto –junto a la nutrida consulta de archivos (amén del trabajo de campo) realizada por los autores- la constante preocupación de los habitantes de la zona por mitigar los estragos de los alagamientos padecidos.

La Vega Baja del Segura constituye una vasta planicie de freático somero y drenaje precario; una extensa llanura formada a raíz de la progresiva colmatación del *Sinus Illicitanus*, amplio golfo abierto al Mediterráneo que, en el pasado, ocupara grandes superficies de las actuales comarcas del Bajo Segura y Bajo Vinalopó. Procesos tectónicos, geomorfológicos e históricos fueron desecando este espacio que, en la actualidad, alberga un rosario de humedales que denota su génesis. La subcuenca inferior del Segura, río alóctono de régimen complejo, conceptuado en la obra como “pluvionival atenuado de raigambre atlántico-mediterránea”, se adscribe a la región climática del Sureste ibérico, caracterizada por la escasez y elevada intensidad horaria de las precipitaciones. Tanto los aportes del Segura y su red afluente como los del Vinalopó, así como

aquellos originados por la erosión de sus rebordes montañosos, fueron rellenando la depresión, generando una dilatada formación aluvial. A su vez, la intensa ocupación humana de esta ha favorecido secularmente la evolución y, pese al reto que revestía, la gradual ocupación del curso bajo del *Río Blanco* y la construcción de un paisaje agrícola es un hecho constatado desde el período andalusí. Tras la conquista cristiana y, sobre todo, a partir del siglo XIV, se asiste al engrandecimiento de Orihuela que, como capital de Gobernación, propiciará el poblamiento progresivo de su enorme jurisdicción, fenómeno intensificado en el XVIII –donde sobresale la iniciativa del Cardenal Belluga, que fundó las poblaciones de Nuestra Señora de los Dolores, San Felipe Neri y San Fulgencio- y que llega hasta el XX, con la creación, por parte del Instituto Nacional de Colonización, de los núcleos de San Isidro de Albatera y El Realengo.

La transformación del llano de inundación en vega levantará un gran edificio hidráulico, material e inmaterial, gracias al cual se irá creando un entorno feraz paulatinamente habitado. La red de riego permitirá cultivar unas tierras, cuyo subsuelo impermeable las retornaría a su condición palustre, de no ser por el concurso del sistema de avenamiento, conformado por escorredores, azarbetas y azarbes, que evitan encharcamientos y devuelven los sobrantes a un circuito que, de nuevo, los utilizará en cotas más bajas. La doble –e, incluso, triple- circulación de las aguas resultará esencial para reducir a cultivo un espacio anfibio sin apenas declive, donde sus pobladores irán ocupando motas y riberas, intentando evitar los estragos de los reiterados anegamientos. Un amplio entramado jurídico e institucional de origen medieval que ha llegado hasta nuestros días se encarga de regular, de forma ejemplar, la gestión de los recursos hídricos.

Gil Olcina y Canales Martínez sostienen que se dan tres modalidades de inundaciones, que denominan alóctonas, autóctonas e integrales. Las primeras obedecen a desbordamientos de las avenidas del Segura generadas fuera de la comarca; por el contrario, las autóctonas –entre otras, la de septiembre de 2019- tienen su origen en la propia Vega Baja y áreas aledañas, sobre las que se producen fuertes precipitaciones que las anegan; en tercer lugar, en las integrales confluyen ambas circunstancias, es decir, las lluvias torrenciales y la crecida del Segura y otros cursos secundarios, aguas arriba de su curso bajo.

Junto a las características, ya mencionadas, de un medio intensamente ocupado y aceleradamente transformado en las últimas décadas (masiva construcción, vertidos, descuido y abandono de cauces...), encontramos el protagonismo indiscutible del Mediterráneo, responsable a la postre de los diluvios, principalmente otoñales, que asolan la fachada oriental de la Península. Diluvios que los medios de comunicación -y, por ende, la opinión pública- identifican con el acrónimo DANA (Depresión Aislada en Niveles Altos), denominación genérica de la que, a menudo, se abusa, hecho sobre el que se hace hincapié en el texto. El papel jugado por el mar -por ejemplo, en las inundaciones “de resaca”- ha sido, igualmente, decisivo en la formación del cordón dunar

que, entre Elche, Guardamar y Torrevieja, en torno a la desembocadura del río, explica la incapacidad de las corrientes para dispersar sus aportes. Depósitos que, ya en época contemporánea, se vieron reducidos por la menor capacidad erosiva de unos caudales que comenzaron a estar regulados por embalses, sobre cuyas demarcaciones se realizarían repoblaciones, como la dirigida por Ricardo Codorníu en Sierra Espuña (Murcia). Todas ellas, actuaciones que debemos inscribir dentro de la planificación hidráulica que, desde finales del XIX, resultaría decisiva para el conjunto del país. De hecho, en 1885 se celebraría en Murcia el primer Congreso contra las inundaciones en la región de Levante, a raíz de los trágicos sucesos de 1884 y, con anterioridad, de 1879 -la tristemente célebre “riada de Santa Teresa”, de tanta repercusión nacional e internacional-.

Otras obras de defensa de avenidas fueron la secular redención de vueltas del Segura en su tramo medio –con el fin último de salvaguardar la ciudad de Murcia de las crecidas-, que no tuvo su continuidad en el bajo, sino en época reciente; o la desviación de álveos -como el del temible Guadalentín, protagonista indiscutible de numerosos enlagunamientos padecidos en la comarca- y, más recientemente, la modernización de aquellos, que han dado como resultado un río con un régimen profundamente desnaturalizado, con pérdida de incidencia de las inundaciones alóctonas, a tenor del prolífico estudio realizado por los autores de la serie histórica de ellas.

La secular adaptación al medio de la sociedad huertana tradicional constituye un elemento a considerar en relación a las secuelas de las riadas, responsables, en última instancia, de la fertilidad de los suelos aluviales sobre los que se asentaba su prosperidad. Así, obras diversas y cotidianas, como el robustecimiento periódico de los márgenes –paradójicamente, actuación que resulta tan positiva para las inundaciones alóctonas, como perjudicial, por su efecto barrera, para las autóctonas-; el mantenimiento de los cauces -con aprovechamientos hoy en desuso, como el de las cañas; o la otrora importante y hoy desaparecida explotación de turbias-; y, en síntesis, el profundo conocimiento del entorno que habitaban, si bien resulta obvio afirmar que no evitaba episodios, en ocasiones, catastróficos, sí podía contribuir a atenuar sus impactos.

Los profesores Gil Olcina y Canales Martínez ponderan el edificio hidráulico de la huerta, con su red de canalizaciones y encabalgamientos, tajamares y tablachos, que constituye un patrimonio indisolublemente unido al paisaje que conforma. En su investigación tampoco olvidan hacerse eco de la cultura inmaterial de la zona, con sus conjuros y rogativas; con sus toques de campanas y caracolas avisando de las llenas; una religiosidad popular, en definitiva, que impregnaba la vida cotidiana de una sociedad radicalmente transformada en las últimas décadas. Un patrimonio etnográfico, en su conjunto, que, en la actualidad, se encuentra sometido a trascendentales procesos de cambio.

Concausas y tipos de inundaciones en la Vega Baja del Segura ha sido escrito con la maestría a la que nos tienen acostumbrados sus artífices, de impecable trayectoria académica e investigadora, sobradamente conocida. Estamos ante un libro excelente que explica, con rigor no exento de amenidad, uno de los fenómenos naturales de mayor incidencia en el Sureste peninsular, pródigo en consecuencias de toda índole que ambos geógrafos contribuyen a desentrañar.